

SERMON PARA EL DIA TREINTA.

(OCTAVO DE LA NOVENA.)

El misterio de la Asuncion de María Santísima demuestra dónde está la verdadera felicidad del hombre, y cómo se logra.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.

Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. Luc. I.—49.

Hay, M. A. H., en el fondo de nuestro corazon un principio de grandeza que, á despecho de la degradacion de nuestro ser, revela su altísimo y celestial origen. Esa grandeza no se aviene con las miserias que nos rodean, y que solemos buscar para nuestro contentamiento. Acumula el hombre grandes riquezas; se distingue de los demás por sus talentos; llega á dominarlos por la fuerza ó por el ingenio; se considera enaltecido por los aplausos, y la fama lleva su nombre del uno al otro polo; y sin embargo, no se considera dichoso, no se llama feliz, y lo que se llaman dones de la sabiduría y de la ambicion, y del poder, y de la fortuna mas colosal no corresponden á su grandeza. Es que las glorias de la tierra no sacian, no pueden saciar nuestras legítimas y santas aspiraciones. Ya hace muchos siglos que lo dijo el Sábio: «He aquí que yo he llegado á ser grande, y he aven-

tajado en sabiduría á todos los que me precedieron en Jerusalem, y conocí que aun en esto habia trabajo y afliccion de espíritu. Yo dije en mi corazon: Iré y tendré abundancia de delicias, y gozaré de los bienes. Y vi que esto tambien era vanidad. Amontóné plata y oro, y los haberes de los reyes y de las provincias, y no negué á mis ojos todas cuantas cosas desearon, ni vedé á mi corazon que gozase de todo placer, y vi en todo vanidad; y por esto me fué fastidiosa mi vida.» Mas tarde San Agustin, convencido de estas verdades, ha pronunciado esta palabra que lo condensa todo, y todo lo explica: «Señor, Dios mio, nos has criado para Tí, y nuestro corazon estará inquieto hasta que en Tí descanse.» Ya lo veis; este descanso cumplido y perfecto de nuestro incesante trabajo sobre la tierra, no hemos de hallarlo sobre ella; lo encontraremos en el cielo, allí en la morada de los goces perfectísimos é imperecederos donde Dios tiene su tabernáculo, y que es su única causa, y el Dador de ellos.

Me sugiere estos levantados pensamientos, H. M., la consideracion del misterio inefable y grandemente glorioso de la Asuncion de María Santísima á los cielos. Ayer os hablabamos de su Tránsito, y contemplábamos á nuestra excelsa Madre velada con las sombras de la muerte. Pero os decia tambien que la muerte es el paso del tiempo á la eternidad. Para la Virgen, Madre del amor hermoso y de la santa esperanza, este paso ha sido el tránsito feliz del tiempo, que la ofrecia sufrimientos, á una eternidad de dicha incomprensible, de felicidad tan sublime que, á excepcion de Dios, ninguna criatura la puede gozar mayor y mas cumplida. Si, este Señor que es omnipotente y cuyo nombre es santísimo, ha obrado con Maria en el sepulcro cosas maravillosas: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. En el momento en que la Madre de Dios dejó de existir, «su semblante, en que se anunciaba un sueño tranquilo, era tan agradable, dice un historiador, y placentero que la muerte vacilaba en plan-

tar su bandera sobre aquel trofeo que solo un día la era dado conservar.» Y San Gerónimo añade que «toda la milicia celestial salió al encuentro de la Madre de Dios, cantando himnos y cánticos en su honor. ¡Ah! no era justo, dice San Agustín, que fuese colocada en otra parte en la gloria, que allí donde está Aquel á quien Ella ha parido.» Entonces concluyeron para siempre, A. H., los grandes padecimientos de María en esta tierra de miserias y maldicion. Entonces se han cumplido estas proféticas palabras que leemos en el salmo CXXXI escritas, como entiende San Juan Damasceno y otros Padres de la Iglesia, para Jesus y María: «Levántate, Señor, de la muerte, levántate á tu reposo subiendo al cielo, tú primeramente, y despues el arca de tu santificacion» María, era esa arca mística que encerró un día el maná del cielo, y las tablas de la ley en la persona de su Hijo único, llevándole en su castísimo seno: *surge, Domine, in requiem tuam, tu, et arca sanctificationis tuæ.* Ha llegado al fin el día venturoso del descanso perpétuo, y grandemente tranquilo de la Madre de Dios y nuestra Madre, y este día ha sido aquel en que rodeada de los ángeles, y de los serafines, conducida por millones de espíritus angélicos ha sido introducida en las moradas envidiables de la verdadera alegría y de la felicidad suprema; porque el Señor que «guardó su entrada en el mundo, preservándola de la mancha original, ha guardado tambien su salida, preservándola de la corrupcion del sepulcro:» *Dominus custodiat introitum tuum, et exitum tuum.*

Deduzcamos, pues, de estas breves reflexiones una que debe ser conveniente para la gloria de María, en quien ha sido glorificada al mismo tiempo la humanidad, y tambien provechosa para nosotros, á saber: El misterio de la Asuncion de María Santísima á los cielos nos muestra dónde está nuestra verdadera felicidad: veamos á la vez cómo se logra esta dicha suprema, que revelá cuántas maravillas ha obrado

el Señor con su benditísima Madre: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Dios mio, concededme vuestra santa inspiracion para que pueda yo tratar este asunto cual cumple á su alta dignidad; gracia que os pedimos por María vuestra Madre á quien tanto habeis engrandecido colocándola como Reina del cielo junto á vuestro esplendoroso trono; á este fin la saludamos con uno de vuestros ángeles.

AVE MARIA.

I.

«Llegó á la sazón á Gethsemani un apóstol que regresaba de países remotos, y no asistiera á la muerte de la Virgen; era Tomás, el que habia tocado con sus manos las llagas del Señor despues de la resurreccion. Acudió á contemplar por última vez los frios despojos de la mujer privilegiada que habia llevado en su casto seno al soberano de la naturaleza. Cediendo á sus instancias y á sus lágrimas, los apóstoles levantaron la loza que cerraba la entrada del sepulcro; pero solo encontraron flores que empezaban á marchitarse sobre las cuales reposaba el cuerpo de María, y su blanco sudario de lino superior de Egipto que exhalaba un olor celestial. El purísimo cuerpo de la inmaculada Virgen no era presa de los gusanos en el féretro. Durante su vida el cielo y la tierra habian tenido igual parte en esta noble criatura; despues de su muerte el cielo habíase apoderado de él por entero, y totalmente le habia glorificado.»

De esta manera tan sencilla como lacónica, H. M., nos refiere un historiador de María, la resurreccion de esta Señora, y su Asuncion en cuerpo y alma á los cielos, este misterio que si no es un artículo de fe, es una doctrina católica que tiene por defensores á todos los Padres de la Iglesia; es

una piadosa creencia tan autorizada en toda la Iglesia que aquel que la combatiera seria tenido por mal católico, ya porque el cuerpo sacratísimo de María, esta fortaleza invencible donde el pecado jamás habitó, habia de ser invencible tambien á la corrupcion que es un efecto del pecado; ya porque este templo venerando consagrado todo á la pura gloria de Dios ha merecido ser engrandecido con los ornamentos de una gloria inmortal, ya en fin, porque este delicioso paraíso de Dios en la tierra ha debido ser asociado al eterno paraíso de Dios en los cielos, juntamente con el alma purísima y bienaventurada que lo animaba. ¿Quién sabe si el mismo ángel que anunció á las mujeres de Jerusalem la resurreccion de Jesus, Hijo divino de María, seria el que dijo á los apóstoles que esta Señora ya no estaba en el sepulcro porque habia sido resucitada? *surrexit, non est hic*. Á su resurreccion ha seguido inmediatamente su Asuncion gloriosa á los cielos, y á la vez que el Señor ha obrado con María en este misterio cosas admirables, en él tambien ha querido mostrarnos que en el cielo, adónde ha sido conducida esta Señora su bendita Madre por ministerio de los ángeles, está nuestra verdadera felicidad; porque en esta morada eterna que esperamos se encuentra la exencion de todo mal, y por consiguiente la posesion perfecta del sumo bien: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

Tres grandes males pesan sobre nosotros, H. M., como una inmensa desgracia que nos oprime durante nuestra peregrinacion sobre la tierra: la ignorancia que anubla la inteligencia; el pecado que pervierte el corazon, y las enfermedades, los dolores y la muerte que hacen sufrir á nuestro cuerpo. Esos males cesan de combatirnos un dia; es aquel en que dejamos esta tierra de maldicion en que nos hallamos para entrar justificados en el cielo á que estamos llamados por nuestra profesion de cristianos. Á la ignorancia de nuestra inteligencia tan limitada, á las vacilaciones de nuestra

razon que nos hace caminar muchas veces entre errores, sin acertar á comprender lo que nuestra sed de sabiduría nos hace desear, se sucederá, á nuestra entrada en los cielos, la ciencia de los santos, ciencia sublime, sabiduría celestial que excede en conocimientos á cuanto hayan podido saber los génios mas eminentes, los mas esclarecidos talentos, porque el espíritu de los elegidos será lleno de la claridad de Dios viéndole cara á cara. Á los estravios y corrupcion del corazon, á sus perpétuas contradicciones que tantas y tantas veces nos hacen caer en el pecado que nos separa de Dios, y separados de Dios, nuestro corazon siente la tortura de los remordimientos, los horrores de la soledad en que quedamos abandonados á nosotros mismos, seguirá en el cielo, morada purísima de la santidad, la inocencia y el candor de la virtud, la paz deliciosa, la calma inalterable de la conciencia que no se turbará por nada, ni por nadie; porque el pecado no puede penetrar en la region de la santidad, el mal moral no ejerce su detestable y ominoso imperio en el reino impercedero de los goces infinitos, del bien supremo; y porque Dios embriaga á sus santos con la abundancia de su santa casa, y con los bienes infinitos que les comunica. Á los males en fin que afligen al cuerpo en este valle de lágrimas, á esas enfermedades intensas y prolongadas que nos postran en el lecho de los dolores, á esos sufrimientos penosísimos á que nos vemos reducidos, sin que basten á evitarlos ni el talento, ni el poder, ni las riquezas, porque la enfermedad y la muerte á todos se estienden, y á ninguno exceptúan, reemplazará la mas perfecta salud. Dios enjugará las lágrimas de sus elegidos en el cielo: *absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum*. Ya no sentirán los rigores del hambre, ni de la sed, que tanto nos mortifican durante nuestra peregrinacion sobre la tierra: *non esurient, neque sitient*. Los rigores del invierno con sus frios en medio de la desnudez, ni los sofocantes calores del estio, que tanto nos incomodan aquí

en la tierra, se trocarán por un aire siempre templado y apacible, por un día sereno y tranquilo que nunca, nunca acabará en el cielo para recrear suavemente á los bienaventurados: *non cadet super illos sol, neque ullus aestus*. El tiempo del trabajo, y de las incesantes fatigas que nos agitan en la tierra, terminará para siempre sucediéndose un descanso eterno en aquellas moradas donde nada molestará: *ut requiescant á laboribus suis*; y los temores que aquí nos turban, y los ayes continuos que exalamos, y los dolores y las enfermedades que nos afligen, y todo ese cortejo de privaciones y apremiantes [necesidades que nos atormentan acabarán en el cielo, y acabarán para no volver, para siempre: *neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt*.

María nuestra Madre bendita es verdad, A. H. M., que no había experimentado la mayor parte de esos males que son una consecuencia funesta del pecado, porque María, como sabeis, ni contrajo la culpa original, ni se manchó jamás con las imperfecciones de la culpa actual. ¿Empero estuvo acaso exenta de las privaciones, de las angustias, y de los sufrimientos del destierro? ¡Ah! su estancia sobre la tierra fué una serie no interrumpida de amarguras y de profundos tormentos hasta merecer que se la llame «Reina de los mártires:» *Regina martyrum*; tantas fueron sus angustias, tan hondos sus pesares, y tan terribles las pruebas á que el Señor la sometiera. Era, pues, necesaria una compensacion á sus sufrimientos, y esta no podía tener efecto sino en el cielo, lugar esento de temores, de deseos, y de todo aquello que puede perturbar el corazon sobre la tierra. María sale del sepulcro, y va á dejar esta morada de lágrimas. Pero «¿quién es el que puede comprender, exclama San Bernardo, con qué gloria ha subido al cielo la Reina del universo; con qué trasportes de amor la han salido al encuentro tantas legiones de ángeles; con qué sentimientos de respeto y de veneracion;

con qué cánticos de alegría la han acompañado?» Príncipes de la Jerusalem celeste, abrid las puertas de la ciudad, diré citando las palabras de un erador cristiano, ved aquí que llega una heroina mas ilustre que Débora; mas intrépida que Judith, mas generosa que Esther, heroina que ha vengado la naturaleza humana del ultraje que la había hecho el principe de las tinieblas: preparadla una entrada magnífica. Al instante en que se abren las puertas eternas, sale un ejército innumerable de espíritus celestiales para marchar delante de la victoriosa Reina, y para formar su cortejo. Los cielos resuenan con los himnos mas dulces. No es un ángel que la saluda con el título de llena de gracia; son todos los ángeles que la saludan con las aclamaciones mas entusiasmadas, y con los cánticos mas arrebatadores. No es un alma fiel que, entusiasmada por la palabra de su Hijo, proclama bienaventurado el seno que la llevó; son todos los elegidos que vienen á confesar que por grande que sea la dicha que les inunda, es mucho mas dichosa todavía Aquella que les ha dado el principio y el origen de esta dicha. No es la Madre de Juan Bautista que á la llegada de María prurumpe en alabanzas, y pregunta con admiracion: «¿De dónde á mi la dicha de que la Madre de mi Dios venga á mí?» no, no; son todos los coros celestiales que vienen á contemplar su triunfo y que esclaman en voz unánime: ¿Quién es esta Virgen augusta que se eleva de la tierra hasta el trono del Altísimo? *¿Quæ est ista?»*

Amados hermanos míos: ved si entre todas las alegrías las mas puras, las mas santas que hayais experimentado sobre la tierra, y que vuestra fantasía pueda crear en ella, hay algo que se parezca á la felicidad infable que María experimenta en el día mil veces dichoso de su Asuncion á los cielos. Pues esta felicidad nos demuestra aquella á la que estamos llamados todos nosotros en el cielo, porque es una felicidad esenta de todo mal y que nos pone en posesion del